

lonia que usó ampliamente de los plenos poderes que le dió el Santo Padre. Negoció á la vez en San Petersburgo con la Inglaterra contra Federico II, y en Versalles con la Francia contra María Teresa. El reparto de Prusia le tentaba, la sucesión austriaca le tentaba igualmente. ¿Qué hacer? Se decidió cuando vió la Alemania inundada de tropas francesas. Á los hombres les agrada hacer á Dios cómplice de sus malas pasiones; como los príncipes adoran la fuerza, suponen que Dios se decide por los batallones nutridos. Con esta esperanza entró el religioso rey de Polonia en la coalición contra María Teresa (1).

“Tantas potencias, dice Federico, como se habían aliado contra la Casa de Austria, y que querían repartirse sus despojos, excitaron la codicia de todos los príncipes.” España no quiso permanecer ociosa, cuando todo el mundo pensaba en engrandecerse. Para ser la última que llegó, no fué la menos ávida. Los Borbones de España manifestaron la más singular pretensión del mundo. Eran herederos de la rama española por un testamento en regla de Carlos II; habían, pues, sucedido en todos sus derechos: desde entonces, en caso de extinción de la línea masculina de los Hapsburgos de Alemania, ¿no debía volver toda la herencia de Carlos V á los sucesores de la Casa de España? Por absurda que parezca esta reclamación, es muy sostenible, bajo el punto de vista de los príncipes. Las renunciaciones y las garantías no molestaban la conciencia del rey católico. Sabido es que las renunciaciones son viciosas en su esencia, puesto que los reyes no pueden enajenar el derecho que Dios les ha conferido de regir á los pueblos. En cuanto á la *Pragmática Sanción*, era radicalmente nula, puesto que no pertenecía al emperador de Austria despojar á los herederos legítimos de sus derechos (2). Esto era razonar perfectamente. Sólo que la buena fe hubiera exigido que Felipe V, príncipe tan escrupuloso, hubiera tenido presente todo esto cuando firmaba las actas de renuncia y de garantía. Pero el rey de España reservaba sus escrúpulos para las pequeñeces; no conocía ya ni derechos ni equidad cuando se trataba de satisfacer la ambición de su querida esposa. Isabel Farnesio tenía todavía un hijo que no llevaba corona. Hé aquí por

(1) FEDERICO II, *Hist. de mi tiempo*, c. III (*Obras*, t. II, p. 85).—*RANKE*, *Preussische Geschichte*, t. II, p. 301.

(2) *Memoria de la corte de España* (ROUSSET, t. XV, p. 22).

qué era preciso arrancar un girón á la monarquía austriaca. La reina hizo como las mujeres en el mercado: pidió todo y se contentó con los ducados de Parma y de Plasencia. Pero en comer y en rascar, todo es empezar. Dos pequeños ducados parecieron poca cosa, cuando se tenían derechos sobre toda la monarquía de Austria. ¿Por qué no se le había de dar el Tirol, ó al menos Trieste y la Carintia? Costó trabajo moderar la insaciable codicia de la reina. D'Argenson tenía razón para decir „que la corte de Madrid no pensaba más que en sus intereses, duramente, *groseramente*, sin pensar en los de los demás, que allí todo iba dirigido por los consejos de las pasiones, del orgullo y de la codicia.” (1).

El rey de Cerdeña no podía dejar de tomar parte en este asunto. Reclamó el ducado de Milán, fundándose en un estatuto de Carlos V. Lo que menos se miraba era el derecho: era una antigua política de su casa aprovechar todas las ocasiones de engrandecerse á expensas de sus vecinos. Decíase que los duques de Saboya se parecían á los lobeznos: la comparación caracteriza enérgicamente la moral de los príncipes, que es la de las fieras. Grande era, sin embargo, el apuro del rey de Cerdeña. ¿Entraría en la liga general contra María Teresa para arrojar á los Austriacos de Italia, ó tendría la generosidad de decidirse por la joven reina, con la esperanza de arrojar á los Españoles y aprovecharse de sus despojos? Motivo tenía para dudar. El prudente príncipe recordó que, ya en la guerra de 1733, su ambición había tropezado con la de los Borbones de España, y temió que el ducado de Milán tentase la codicia española. Este temor le decidió. Se declaró por los Austriacos que algunos años antes había querido arrojarlos de Italia, de acuerdo con España (2). En 1733 le parecía al rey de Cerdeña que el equilibrio y la libertad italiana exigían que la Casa de Austria fuese arrojada de Italia. En 1743, el mismo equilibrio y la misma libertad eran invocados en favor de la Casa de Austria contra la ambición de los Borbones de España (3). ¡Hé aquí de qué sirve el equilibrio!

En todas las actas de garantía, los que las

(1) FLASSAN, *Hist. de la diplomacia francesa*, t. V, pág. 237.—*RANKE*, *Preussische Geschichte*, t. II, p. 297, 298.

(2) *RANKE*, *Preussische Geschichte*, t. III, p. 80.

(3) *Preliminar del tratado de 1743* (ROUSSET, t. XVIII, p. 84).

otorgaban habían invocado el equilibrio: la conservación de la monarquía austriaca en su integridad les parecía una condición esencial de esta balanza. ¿Quién, pues, la ponía en peligro? No podía ser nadie más que la Francia. Y, sin embargo, en 1740 los sostenedores se coaligan, bajo la inspiración de la Francia, para fraccionar la monarquía de Austria: cada uno de los coaligados tenía en ello un pequeño interés particular, y á este engrandecimiento se inmolaba la libertad general, sin reflexionar que, si realmente el equilibrio se rompía en favor de Francia, este engrandecimiento le pondría á merced de la ambición francesa. ¿No tenemos razón á decir que el interés es el más ciego de los guías? Por una ventaja presente sacrifica, caso necesario, hasta la existencia ó lo único que da valor á la existencia, la libertad.

§ II.—Los proyectos de reparto.

N.º 1.—Francia.

I

Francia fué el alma de la coalición formada contra María Teresa. ¿Cuál era su derecho, ó, á falta de derecho, su interés? Es candidez querer buscar el derecho. No lo haríamos si Francia no estuviese gobernada por un cardenal que tenía reputación de honradez, ó al menos de moderación, y que manifestaba decidida predilección por la paz. ¿Qué graves razones le indujeron, á la edad de noventa años, á lanzar á Francia en las aventuras de una guerra general?

La cuestión de derecho no podía estar más clara. Fleury acababa de afirmar el tratado de Viena, por el cual Francia garantizaba la *Pragmática Sanción* y reconocía de antemano á María Teresa como única heredera de la monarquía austriaca. Carlos VI había dado por esta garantía un reino y una provincia de las más bellas de Francia. El tratado decía expresamente que la garantía era concedida por Luis XV en razón á la entrega de Nápoles y de la Lorena. Había, pues, un verdadero contrato. ¿Cómo podía el cardenal librarse de él, conservando la Lorena? Invocó compromisos anteriores. La Baviera era una antigua aliada de Francia; ella sola permaneció fiel á la alianza francesa en la desgraciada guerra de la sucesión de España. Existían

tratados íntimos entre el elector y el rey de Francia que obligaban á Luis XV á abrazar el partido del duque de Baviera. La garantía de la *Pragmática Sanción* no podía anular estas promesas. ¿Qué era, en efecto, esta garantía? Aseguraba los derechos de María Teresa, suponiendo que los tuviese, pero no podía darla derechos que no tenía, y mucho menos arrebatarlos á un tercero. Luego los derechos de Baviera permanecían íntegros y la Francia estaba obligada á defenderlos (1).

Con razón se han calificado de miserables argucias los motivos alegados por el cardenal para pal'ar su mala fe. No había más que preguntarle si el emperador hubiera firmado el tratado de 1738 y cedido Nápoles y la Lorena para obtener en compensación una garantía tan irrisoria. Indudablemente las garantías no dan derecho, pero implican que el que las da reconoce la existencia del derecho que se obliga á sostener resueltamente y contra todos. Claro está que no puede oponerse el derecho de un tercero, porque precisamente es contra ese tercero contra quien se dirige la garantía; si el duque de Baviera no hubiese tenido pretensiones formales á la sucesión de Austria, las garantías hubiesen sido inútiles, y Carlos VI se habría guardado bien de comprarlas tan caras. Si, pues, las garantías tenían algún valor, querían decir que los que las habían firmado consideraban los derechos de María Teresa como mejor fundados que los del duque de Baviera. Atacarlos, á pretexto de las pretensiones de Baviera, cargándose el precio de la garantía, se llamaría entre particulares dolo y fraude; y entre reyes, el dolo y fraude son mil veces más culpables aún, puesto que llevan consigo el mayor de los males, la guerra (2).

¿Qué quería, pues, el cardenal Fleury? Quería destruir la Casa de Austria, despojándola de una buena parte de sus provincias que se repartirían entre Estados secundarios; éstos, demasiado débiles para hacer equilibrio con Francia, hubiesen quedado bajo su dependencia, de modo que el imperio de Alemania habría estado á merced de la corte de Versalles. Dábase al duque de Baviera, elegido emperador, la Bohemia, el Tirol y el Brisgau. El elector de Sajonia, con el título de rey, obtenía la alta Silesia y la Moravia; el rey de Pru-

(1) FEDERICO II, *Hist. de mi tiempo*, c. II (*Obras*, t. II, p. 64).—*RANKE*, *Preussische Geschichte*, t. II, p. 209.

(2) FLASSAN, *Hist. de la diplomacia francesa*, t. V, p. 230.

sia, la baja Silesia; María Teresa no conservaba más que el Austria propiamente dicha, la Hungría, la Estiria, la Carintia y la Carniola (1). Sobre estas bases se celebró el famoso tratado de Nymphenburgo. Por los artículos secretos se ve que Francia no se contentaba con repartir el Austria entre sus aliados, como si hubiese sido una sucesión vacante, despojaba también a Alemania; únicamente, para salvar las apariencias, el elector de Baviera, que iba a ser elegido emperador, se limitaba a decir que no reclamaba las provincias y las ciudades que Francia ocupase sobre el Rhin. Francia se reservaba, además, las conquistas que pudiera hacer en los Países-Bajos, y el futuro emperador se las garantizaba (2).

El tratado de Nymphenburgo es tan odioso como el reparto de Polonia y como cualquier otro hecho por potencias que no tienen ningún derecho sobre Estados y sobre poblaciones que se distribuyen como si fueran haciendas ó rebaños. Es un verdadero bandolerismo. Como se quedó en el estado de proyecto, la historia se ha ocupado menos de él que de los convenios que fraccionaron la Polonia; pero la tentativa del crimen es tan criminal como el crimen consumado. Federico II nos ha transmitido un curioso detalle de la negociación. El mariscal de Belle Isle, que hacia ya de dictador en Alemania, vino al campamento del rey después de la batalla de Mollwitz para proponerle el reparto de la monarquía austriaca: "Un día, con aspecto más preocupado que de costumbre, Federico le preguntó si había recibido alguna noticia desagradable.—Ninguna, respondió el mariscal; lo que me preocupa, señor, es que no sé lo que hemos de hacer con esa Moravia.", El rey le propuso dársela a Sajonia, para atraerse por medio de este cebo al rey de Polonia a la gran alianza. El mariscal encontró la idea admirable y la llevó a cabo (3).

Hé ahí un rasgo que caracteriza admirablemente el espíritu del tiempo. La preocupación del mariscal de Belle-Isle causaría risa si no llevase envuelto el desprecio del derecho. ¿Qué hubiera sido de Europa si la fuerza hubiera correspondido a los deseos de Francia? Por de pronto, se habría podido, con Alberoni, comparar al mundo a un queso

(1) FLASSAN, *Hist. de la diplomacia francesa*, t. v, p. 129.

(2) SCHLOSSER (*Geschichte des XVII^{ten} Jahrhunderts* t. II, página 25) ha trasero el tratado en los archivos de París.

(3) FEDERICO II, *Hist. de mi tiempo*, c. III (*Obras*, t. II, p. 79.)

de Holanda, del cual van cortando los príncipes según su apetito. Federico II, que se rie de la ligereza francesa, era igualmente culpable. Los historiadores alemanes no quieren que se le considere un conquistador como Luis XIV: no pedía más que la Silesia, dicen, a fin de redondear la Prusia. Para poder comparar el héroe prusiano a Luis XIV sería preciso que hubiese dispuesto de los recursos de un gran reino. Débil como era, ¿cómo había de pensar en hacer conquistas? No le faltaban buenos deseos. Éstos se manifiestan en cada línea del tratado que hizo en 1745 con el elector de Baviera, convertido en emperador. Es otro tratado como el de Nymphenburgo, y vamos a ver que los príncipes alemanes no tenían menos presunción que el mariscal de Belle-Isle. En el preámbulo, las partes contratantes acusan a la corte de Viena "de mostrar desvío por el restablecimiento de la tranquilidad del imperio.", Pero ¿no había sido atacada María Teresa por la más inicua de las coaliciones? ¿No tenía el derecho de defenderse? Acababa de hacer un sacrificio que costaba caro a su orgullo: para separar a Federico de la liga, le había cedido la Silesia, y el rey de Prusia había prometido una amistad eterna a la reina de Hungría. Es verdad que se negó a reconocer al duque de Baviera como emperador de Alemania. Este fué el pretexto con que Federico volvió a tomar las armas; vamos a ver si había otros motivos.

Federico se comprometió a hacer la conquista de Bohemia y volverla a poner en manos del emperador. Naturalmente, Su Majestad imperial manifestó el más profundo reconocimiento por tanta generosidad. Para mostrarse a su vez generosa, cedió al rey de Prusia lo que aún le faltaba de la Silesia austriaca, comprendiendo en ella las tierras enclavadas en la Moravia y además una parte de la Bohemia. El rey de Bohemia no estaba muy seguro, aun después de haber hecho esas cesiones a su ambicioso vecino, de conservar el resto de su futuro reino; tuvo, pues, cuidado de estipular que el desmembramiento de la Bohemia, en que consentía ahora, sería el último. El rey de Prusia y el duque de Baviera se repartían un reino que no les pertenecía, y sobre el cual Federico no podía pretexto siquiera ninguna especie de pretensiones. Para completar esta obra de expoliación, los coparticipes convinieron en que enviarían al rey cristianísimo a acceder al tratado y a garantizarlo. Su

Majestad cristianísima no opuso ninguna dificultad; declaró que *accedía de buen grado* al tratado de reparto y que *lo garantizaba lo más solemnemente posible*. ¿Preguntaremos con qué derecho consagraba Luis XV aquel latrocinio? Invocó el tratado de Westfalia, de que era garante, y la tranquilidad de Europa (1). Los que no se satisfagan con estos motivos pueden atenerse a las razones del mariscal de Belle-Isle.

La guerra contra María Teresa se llama la guerra de sucesión. Todos los días se hacían nuevos repartos. Cuando las grandes potencias daban el ejemplo, ¿por qué no habían de seguirlo los pequeños príncipes? El duque de Saboya, hecho rey de Cerdeña, sentía necesidad de redondearse lo mismo que el rey de Prusia. Se había decidido por María Teresa, contando que este era el medio más seguro de obtener un trozo de la Lombardia. Los reveses que sufrió le disgustaron de esta alianza. Se volvió al lado de los vencedores. Se celebró un tratado con Francia el mismo año en que Federico y el emperador se repartían la Bohemia. El Milanésado, que según el tratado de Fontainebleau, estaba destinado a don Felipe, fué desmembrado; una parte se dió a la Cerdeña, otra a la república de Génova, una tercera al duque de Módena; lo que quedaba debía formar el lote del infante de España con el ducado de Parma. Estos nuevos arreglos exigían el consentimiento del rey de España, mejor dicho, el de la reina Isabel. Se envió a Sus Majestades católicas un obispo que debía hacerles ver la imposibilidad de establecer a don Felipe como lo deseaba la corte de Madrid. Era una comisión difícil. La irascible esposa de Felipe V tuvo uno de aquellos accesos de cólera en que no escaseaba las injurias a su sobrino el rey de Francia. Fué preciso que Luis XV enviase una embajada extraordinaria a Madrid para calmar la ira de la regia pareja. El rey y la reina concluyeron por renunciar al Milanésado, pero no quisieron a ningún precio que Cerdeña se aprovechara de sus despojos, y exigieron como indemnización nada menos que la Toscana. Mientras Luis XV trataba de apaciguar a su tío y a su tía de España, la suerte de las armas había cambiado, y con la victoria el rey de Cerdeña cambió igualmente, según la hábil ya que no laudable política de su casa (2).

(1) GARDEN, *Hist. de los tratados de paz*, t. III, p. 308, 311.

(2) SCHÖELL, *Curso de historia*, t. XXXVII, p. 330, 333.

Otro reparto más que no dió resultado, y no fué el último. Los que hubieran querido repartirse la monarquía austriaca fueron a su vez amenazados de ser repartidos. Detengámonos un instante en aquella diplomacia tan fastidiosa como criminal. Dejemos a un lado el derecho; es casi profanar esta palabra sagrada el pronunciarla en negociaciones en que era desconocido y hollado a cada paso. Dirijámonos al interés de los que se habían coaligado para despojar a María Teresa. ¿Qué interés tenía la Francia en ponerse a la cabeza de una liga contra la heredera de la Causa de Austria?

II

Se lee en las memorias de Richelieu: Los "partidarios de la guerra decían: La fuerza de la Casa de Borbón depende de la división de la Casa de Austria. Ahora que está extinguida ha llegado el momento de darla *el golpe de gracia* que deseaba aplicarle el cardenal Richelieu.", "De este modo, añade Voltaire, se quitaba a la nueva Casa de Austria-Lorena aquella superioridad que se había atribuido a la antigua sobre todos los demás potentados de Europa; se hacia más de lo que Enrique IV y Richelieu se habían atrevido a esperar.", (1). Los que en el siglo XVIII justificaban su ambición con la política del gran cardenal, no reflexionaban que, desde la paz de Westfalia, la posición de la Casa de Austria había cambiado completamente. Cuando Wallenstein llenaba el imperio con el terror de su nombre, cuando Fernando II consideraba a un elector como a un soldado sublevado, cuando el protestantismo amenazaba sucumbir en Alemania, se comprende que Richelieu y Gustavo Adolfo se coaligaran para salvar a Europa del peligro de una monarquía universal. La paz de Westfalia libró al imperio del despotismo austriaco y a Europa del temor de la Casa de Hapsburgo. Desde entonces Francia fué la que vino a ser la potencia dominante. Fué precisa una coalición europea para humillar el orgullo de Luis XIV. Los desastres del gran rey no quebrantaron el poder de Francia. Bajo el punto de vista del equilibrio, la balanza se inclinaba siempre del lado de los Borbones. No faltaba a Francia más que lo que ella llama sus fronteras naturales para reinar sobre el continente. Para al-

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. VI, p. 160.—VOLTAIRE, *Siglo de Luis XV*, c. VI.

canzar este objeto, era inútil repartir la monarquía austriaca; una alianza, auxilios prestados á la joven heredera de Carlos VI, hubieran extendido con más seguridad las fronteras de Francia que una guerra europea que, si hubiera dado la victoria á Luis XV, habría armado de nuevo á todos los príncipes contra los Borbones.

Esto es lo que Federico II no había tenido en cuenta cuando aprobaba la política de Fleury. "Era muy verosímil, dice, que Luis XV hubiera sido árbitro de los príncipes contendientes. Después del papel que Francia había desempeñado en la paz de Westfalia, no podía desempeñar otro ni más bello ni más grande," (1). Federico olvida que en la guerra de los treinta años, Richelieu tenía en su favor las simpatías de todos los príncipes á quienes asustaba el poder creciente de la Casa de Austria: combatía por la libertad de Europa contra la monarquía universal. Si hubiera tenido en el siglo XVIII un sucesor digno de él, Francia se habría guardado bien de aventurarse en un camino en que, obtenido un buen resultado, debía esperar una paz de Westfalia hecha contra ella. Luis XIV acababa de experimentarlo: por haber querido dominar sobre Europa, estuvo á punto de perecer juntamente con la Francia. Un milagro lo había salvado. ¿Era cosa de correr los mismos peligros para llegar inevitablemente á la caída y sin tener las mismas probabilidades de éxito?

Ciertamente parecía favorable la ocasión para realizar aquella monarquía universal que será el sueño de los reyes mientras dispongan como señores del destino de los pueblos. Los príncipes alemanes eran cómplices de la ambición francesa. España y gran parte de Italia eran sus aliados. Las Provincias-Unidas estaban en decadencia. Inglaterra, el único apoyo de María Teresa, ¿podía luchar contra todo el continente conjurado para la ruina de la casa de Austria? La coalición sola bastaría, decía el mariscal de Belle-Isle, para hacer caer la reina de Hungría; no había ni aun necesidad de combatir: "Parece que la Providencia ha formado expresamente la situación de Europa y los intereses de las potencias para facilitar á la Casa de Francia los medios naturales é indispensables de engrandecerse, y para poner en sus manos los

(1) FEDERICO II, *Examen del ensayo sobre las preocupaciones* (Obras, t. IX, p. 144).

destinos de Europa," (1). El aventurero mariscal no tenía en cuenta la decadencia moral de los Borbones. ¿Podía un Luis XV llevar á buen término una empresa en que había fracasado Luis XIV? Á falta de rey, ¿había un ministro de la índole de los Richelieu y de los Mazarinos? Todo lo que Fleury tenía de común con aquellos grandes hombres de Estado es que era cardenal; pero la decrepitud romana imperaba en Versalles y no la varonil energía de los hombres del siglo XVII. No era ni aun Fleury quien quería la guerra. Voltaire, muy bien informado de las intrigas que agitaban la miserable corte de Luis XV, nos dice "que fué el mariscal de Belle-Isle quien se propuso cambiar la faz de Europa, ayudado en este gran proyecto por una dama entonces muy poderosa." ¡Así, pues, eran unos cuantos ambiciosos, infatuados con su pretendido genio, los que, de acuerdo con la querida del rey, querían fundar una monarquía universal!

Si, la ocasión era la única, como decía el mariscal. Bastaba llevar vivamente las primeras hostilidades, para coronar al duque de Baviera en Viena. Pero estas circunstancias tan favorables pusieron de manifiesto la incapacidad de los que se metían á repartir la Europa como si fueran ministros de Dios. Su incapacidad es una señal de su indignidad. Los grandes imperios no se forman sino cuando hay que realizar grandes cosas; entonces Dios hace nacer un Alejandro, un César, un Carlo-Magno. ¿Qué idea representaban los hombres pequeños y las queridas de la corte de Versalles? Hubo un juicio de Dios sobre aquellos temerarios que se atrevían á poner sus miras personales bajo el nombre de la Providencia; sucumbieron vergonzosamente allí donde habían esperado alcanzar gloria y poder.

N.º 2.—Alemania

I

Alemania presenta un espectáculo más triste aún que Francia. Si los Belle-Isle eran espíritus ligeros y ambiciosos, había, á lo menos, en su egoísmo un segundo pensamiento de gloria y de poder para la nación francesa: querían hacer de su patria árbitro de la Europa. En Alemania no encontramos más que ambiciones de la más baja es-

(1) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. II, p. 207.

tofa; muy lejos de que la idea de la patria alemana viniese á ennoblecer aquellas codicias, los príncipes no hubieran podido satisfacerlas más que arruinando para siempre la libertad y la independencia de su patria. Es el egoísmo de príncipe en su bello ideal; descubramoslo por completo, aunque no sea más que para inspirar á la humanidad odio eterno á semejante régimen. Los Hapsburgos apenas habían brillado, ni como jefes de sus Estados hereditarios, ni como emperadores; pero si se les compara á los príncipes que disputaron su herencia á María Teresa, hacen casi el efecto de figuras heroicas.

¿Debe la historia hacer al elector de Sajonia, rey de Polonia, el honor de hablar de él? Miserable juguete de míseros ministros, ni aun puede decirse que tuviera ambición. No se descubre en la corte de Dresde más que un sentimiento verdadero: una baja envidia contra Prusia y su joven rey. Pero aun esta pasión, por pequeña que sea, era todavía demasiado grande para los Brühl y compañía. Hay tal versatilidad en la conducta del rey elector, que ya no merece el nombre de política. Primeramente aparentó querer reclamar toda la herencia de la Casa de Austria por razón de su esposa, hija mayor del emperador José I. En seguida se acercó á la corte de Viena y reconoció los derechos de María Teresa. Después de esto entró en la coalición contra la reina de Hungría. Por fin se volvió contra sus aliados, y conspiró contra Federico II, repartiendo ya en esperanza los Estados del héroe prusiano. ¿No se asemeja á un niño que se divierte en construir castillos de naipes, para tener el placer de demolerlos y de construir otros nuevos?

Más serio concurrente es el elector de Baviera, que tenía la ambición de reemplazar á los Hapsburgos; y coronado en Francfort, se llamó emperador del mundo, vicario temporal de Cristo. Ante todo, era jefe del imperio, y tenía que mirar por el honor y el interés de Alemania. Bajo el punto de vista político, el emperador es el enemigo natural de Francia, porque Francia es el enemigo nato de Alemania. Ya el rey cristianísimo le había quitado los tres obispados, le había arrebatado la Alsacia, acababa de quitarle la Lorena y codiciaba las provincias del Rin. Sin embargo, el duque de Baviera fué aliado de Luis XV, mejor dicho, su cliente, su vasallo. Para obtener la corona imperial, se prosternó á los pies del cardenal Fleury. Oigamos

al futuro emperador: "Persuadido como estoy de las bondades de Su Majestad cristianísima, lleno de confianza en la amistad de Vuestra Eminencia, pensaba que el primer paso que tenía que hacer era arrojarme en los brazos de Su Majestad, á quien miraré siempre como mi único sostén y mi único apoyo." El elector se alegra de saber, dice, "que su confianza en el rey no ha salido fallida, puesto que los primeros pensamientos de Su Majestad cristianísima se dirigieron hacia él para hacerle subir, si era posible, al trono imperial." En víspera de la elección, el duque escribió al cardenal: "Hé aquí, pues, que se aproxima el momento que debe decidir de la suerte del más fiel aliado del rey é inmortalizar la gloria de su reinado, dándole ocasión de procurar la corona imperial á un príncipe que, por inclinación y por reconocimiento, tratará siempre de unir los intereses del imperio y los de Francia; y como ésta debe ser vuestra obra, pongo toda mi confianza en vos, á quien siempre he amado y mirado como verdadero padre, y será un doble consuelo para mí ver que el día de mi elevación es la época más gloriosa de vuestro ministerio," (1). El tratado de Nymphenburgo nos ha mostrado cómo conciliaba el futuro emperador los intereses del imperio y los de Francia. Sacrificó, vendió el imperio por ser emperador. Francia se hizo dar carta blanca para todas las conquistas que hiciese en el Rin y los Países-Bajos por el príncipe que, elegido emperador, debía jurar conservar la integridad del imperio, y cuyo nombre de *augusto* indicaba que se comprometía á extender sus límites.

El mariscal de Belle-Isle puso la corona imperial en la cabeza del duque de Baviera. ¿Estuvo el emperador á la altura del papel que había ambicionado? No hablamos de honor, de dignidad, de deber. El emperador había prescindido de antemano de esos vulgares sentimientos, solicitando la corona del cardenal Fleury, como un pobre diablo solicita de un ministro un pequeño destino. Pero para seguir siendo emperador era preciso combatir á María Teresa, y para eso se necesitaba un ejército. El señor del mundo no tenía dinero. Su protector el cardenal le pagó grandes subsidios. ¿Qué uso hizo de ellos? Es preciso leerlo para creer el

(1) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII^{ten} Jahrhunderts*, t. II, página 10, nota, y pág. 15, nota.